

vacilar la casa... Ya creo ver hundirse sus paredes, sepultando á nuestro General y á su comitiva...—¡Morir! ¡Morir tantos héroes en el momento del triunfo!...—¡Ah, bárbaros Marroquíes! ¡Desventurada España!...

—¡No es nada! ¡No es nada! ¡No correr!—gritan en este momento muchas voces desde el lugar de la catástrofe.

Y vemos aparecer en la puerta de la casa del Gobernador al general O'Donnell seguido de su Cuartel General.

La explicación de aquel pánico cunde entonces rapidísimamente.—Ha ardidado una cantidad insignificante de pólvora. El conflicto ha sido casual. Los Moros no han tenido parte alguna en él. En la casa del Gobernador había habido durante la Guerra un almacén de municiones. Ayer, al escapar Muley-el-Abbas, se las llevó consigo; pero la operación se hizo tan de prisa, que el suelo quedó regado de pólvora. Un soldado nuestro tiró sobre ella inadvertidamente un cigarro encendido, y he aquí el origen de tan alarmante acontecimiento.

De él han resultado gravemente quemadas dos ó tres personas, y muchas otras heridas y contusas, á causa del tropel que se movió en la plaza. Pero ¿qué es esto en comparación de lo que hemos temido?

Pasado aquel momento de angustia, procedióse al alojamiento de la Guarnición de *Tetuán*, y nosotros, los poetas de oficio, nos desparramos por las calles, en busca de nuevas emociones y extraordinarias aventuras.

V

Primer paseo por *Tetuán*.—Cristianos, Moros y Judíos.
El Negro de mi sueño.—Hospitalidad hebrea.

El mismo día.

Antes de entrar á referir los mil curiosos datos que he recogido y las peregrinas escenas que he presenciado durante mi primer paseo por esta rarísima ciudad, juzgo conveniente y hasta necesario dar una ligera idea de su conjunto, empezando por advertir que mi opinión acerca de *Tetuán* no es la de la mayoría de mis compañeros de armas.—La generalidad de los individuos del Ejército, incluso jefes y oficiales, están desencantados desde que han visto de cerca á la *odalisca* que tanto habían adorado desde lejos... ¡Yo, en cambio, estoy más enamorado de ella que nunca!

A todos nos sobra la razón, y la diferencia de nuestras opiniones consiste en que consideramos la ciudad por diferente prisma.

Sus detractores, comparándola con los pueblos europeos, echan de menos en ella una porción de cosas que real y verdaderamente no tiene.—“*Tetuán* (dicen) es peor que la última ciudad de España. Sus calles son sucias, irregulares, tortuosas y estrechas; están completamente desempedradas, y no tienen aceras, alcantarillas, nombre ni numeración. El aspecto de sus casas, totalmente desprovistas de balcones, es pobrísimo y miserable. Apenas se ve entre ellas un edificio que merezca llamarse tal. Aquí no hay monumentos, ni paseos públicos, ni teatros, ni fondas, ni cafés, ni casinos, ni mercados. La policía urbana no se ha imaginado siquiera.

De noche no hay alumbrado ni serenos. ¡Esto es horrible! ¡Esto es detestable! ¡Aquí no se puede vivir! ¡Un pueblo de la Mancha ofrece más comodidades y recursos!...”

Todo esto es verdad; y, por lo mismo que lo es, encuentro yo á *Tetuán* delicioso, curiosísimo, inmejorable... ¡Si poseyera todos los encantos europeos que le faltan, sería para mí una de tantas ciudades como he visto en este mundo y como habría podido ver, sin necesidad de venir á Africa!—Para calles tiradas á cordel, soberbios edificios, suntuosos teatros, lindos paseos, buenas fondas y excelente policía, ahí están París y Londres, Marsella y Burdeos, Cádiz y Sevilla, Málaga, Bilbao y Barcelona, y mil y mil otras capitales!—El mérito de *Tetuán* consiste precisamente en no parecerse á ninguna de ellas. ¡Desgraciado de mí si me las recordase en cualquier modo! ¡Adiós, entonces, mis ensueños africanos! ¡Adiós arte! ¡Adiós poesía! ¡Adiós originalidad! ¡Adiós orientalismo! ¡Adiós todo lo que he venido á buscar en esta tierra!

Comprenderéis, por lo ya dicho, que yo no considero á *Tetuán* utilitariamente, sino con ojos de poeta ó de artista.—*Tetuán* es lo que debía ser, lo que yo deseaba que fuera: una ciudad completamente árabe; un pueblo diferente en todo de los de Europa; un nido de Moros; una resurrección de la antigua Granada. La forma de sus calles, la disposición de sus casas, todo lo que encierra y aquello mismo de que carece, revelan la índole, la historia y las costumbres de sus moradores. Solamente los Islamitas pudieran hallarse bien avenidos en una ciudad semejante: las preocupaciones de su espíritu y los afectos de su corazón se ven retratados en los menores accidentes de cada barrio, de cada vivienda, de cada aposento, así como en el aspecto general de la población en conjunto.

El Moro desconoce ó desprecia todos los goces sociales; es individualista; ama la soledad del campo y la del hogar, y pasa su vida entregado á sus propios pensamientos, sin cuidarse para nada de los del vecino. Por eso no decora con balcones buenos ni malos la fachada de su querido albergue; por eso hace pequeña la puerta y la sitúa en el lugar más escondido; por eso no repara en el estado de las calles ni se afana en construir puntos de reunión, tales como teatros y paseos, ni tan siquiera *boulevards* en que perder el tiempo conversando con sus amigos. Para él la calle es el camino de su casa, y nunca sale á ella sino para trasladarse de un lugar á otro. Procura que esta calle sea estrecha y retorcida, á fin de que esté fresca y llena de sombra durante los perdurables días de verano, y con este mismo objeto prodiga en ellas las bóvedas y los cobertizos. Las autoridades, por su parte, no piensan tampoco en el interés común, ni se les ha ocurrido que exista tal comunidad. Preocúpense, sí, de los actos de este ó de aquel individuo; mézclanse en sus negocios (acaso más de lo justo); fiscalizan sus operaciones, y hasta intervienen su particular hacienda; pero jamás les pasa por la imaginación la idea de adoptar ninguna medida de utilidad pública, ya higiénica, ya de ornato, ya de vigilancia general. De aquí el que no haya alumbrado ni otras muchas cosas. El que necesita luz de noche, la lleva, y el que no la tiene, marcha á oscuras: ni más ni menos que hace veinte años acontecía en muchas ilustres ciudades españolas.—En cuanto á seguridad personal, cada uno cuida de la suya, y Dios de la de todos.—Resumiendo: la *calle* no tiene existencia oficial; el vivir unos cerca de otros no causa estado; la *vecindad* no imprime carácter; la *población* no es una sociedad, es una muchedumbre, y todo ello, más que una *ciudad*, es

un *Campamento* donde los acampados viven mutuamente de incógnito.

Los únicos sitios públicos de *Tetuán* son las mezquitas, y consecuencia de esto es que sus fachadas sean ostentosas y que sus grandes y labradas puertas estén en lugar visible y despejado.—Pero, en cuanto á las casas, fuera imposible discernir dónde concluye una ni principia otra. El exterior de cada manzana forma una pared desigual y tortuosa, que se prolonga como una muralla. De trecho en trecho, y siempre á bastante altura, vense unas rendijas muy parecidas á las aspilleras de un fuerte. Son las únicas ventanas que miran á la calle. Apenas cabe una mano por ellas, y, más que para dar aire ó luz á las habitaciones, sirven de acechadero á los recelosos Marroquíes.—Cuanto más lujosa y bella es una casa por dentro, tanto más pobre es su entrada y más deforme é insignificante su frente. Así, pues, nunca sabe uno si el edificio que tiene delante es un miserable tugurio, ó un magnífico palacio, cuyas labradas estancias, frescos patios y sombríos cenadores constituyan verdaderas maravillas del arte.

De todo esto se deduce que los Moros hacen amable únicamente la remota perspectiva de su ciudad y el interior de sus hogares, lo cual explica también su carácter y sus inclinaciones.—Amantes de los placeres domésticos, de las felicidades solitarias y silenciosas, sitúan sus pueblos en distintos parajes y los blanquean cuidadosamente, á fin de que les sonrían desde lejos, de que los atraigan, de que les recuerden las dulzuras de su harén ó de su baño; y una vez dentro de la ciudad, no encuentran en ella nada que les halague, que los entretenga, que les ofrezca comodidad ni reposo, sino el interior de su albergue, su mansión oculta, su blanco y amoroso nido.

Hay, sin embargo, dentro de *Tetuán* una excepción que hacer en todo lo enunciado.—Aludo al *Fondak*, pequeñísima plazoleta cubierta por una gran parra, y en la que ciertos *Argelinos* han establecido la moda de los *cafés* tan renombrados de su tierra...—Ya iré yo por allí á hacerles compañía, y describiré minuciosamente ciertas escenas (interrumpidas hoy), cuyos pormenores me ha hecho entrever el Judío que me sirve á la vez de *cicerone* y de intérprete, y de quien también hablaremos á su debido tiempo.

En toda la ciudad (que es bastante grande y muy apiñada, y que, según me dicen, ha llegado á contener hasta cincuenta mil habitantes) sólo hay dos plazas: la *Mayor* ó el *Zoco*, de que ya hemos hablado, la cual es un extenso y no muy perfecto cuadrilongo, y la *plaza Vieja*, de forma irregular, que da entrada á la *Alcaicería*.

La *Alcaicería* (bien lo dice su nombre) es un barrio cerrado en que está, ó, por mejor decir, *estaba* el comercio principal de la población. Cúbrela un espeso toldo de zarzos de cañas, y comprende más de trescientas tiendas, destrozadas y saqueadas todas, primero por las kabilas, y después por los Judíos.—Estas tiendas, como todas las de *Tetuán*, son una especie de alacenas embutidas en la pared, dentro de las cuales se sentaba el mercader sobre las piernas cruzadas, teniendo al alcance de la mano todas sus mercancías...—¡Y yo no los he visto así!...—Pero el Judío me asegura que llegaré á verlos.

En muchos parajes de la ciudad hay fuentes públicas, nada monumentales, que consisten en caños de agua cayendo en pilones de piedra.—Con todo, su blando y monótono murmullo presta un encanto particular á las silenciosas y entoldadas calles...

En resumen: *Tetuán* tiene sobre otras muchas capitales que le exceden en lujo y en belleza, el

privilegio de hablar al alma del viajero, de contarle su historia, de hacerle comprender á primera vista el genio y naturaleza de sus moradores.—Cierto es que carece de grandiosos monumentos por el estilo del Acueducto de Segovia ó del Coliseo de Roma, que inspiren al alma la grave melancolía de lo pasado, haciéndole ver la huella del hombre antiguo sobreviviendo á imperios, razas y civilizaciones... Pero, en cambio, muestra la obra del Tiempo: no lo que el tiempo destruyó, sino lo que ha creado; no edades desvanecidas, sino edades condensadas, superpuestas, fósiles, como vemos en los *cortes geológicos* que se hacen en las montañas...

Y es que en estos pueblos islamitas, tan indiferentes al Progreso, tan enemigos de toda variación, nada cambia de forma, nada se altera ni modifica. Un siglo no corrige á otro; jamás se derriba lo construído: nunca se atreve la mano del hombre á la fatalidad consumada de las cosas.—Amontónanse, pues, hechos sobre hechos, vidas sobre vidas, pavesas sobre pavesas, polvo sobre polvo. Es decir, que lo muerto no se entierra; que la mugre no se barre; que lo que nace vive adherido á lo que ya pereció; que, levantando una y otra capa de ceniza, se encontrarían aún las raíces del primitivo *Tetuán*; que la Humanidad aquí no debe ser representada por aquella vívida y simbólica serpiente que muda su piel de tiempo en tiempo, sino una especie de *banco* de moluscos, cuyas partículas están todas animadas, pero cuya suma es un pólipa sin vida.

Ahí tenéis la ciudad de *Tetuán* considerada en globo y por fuera.—Si ahora fijamos rápidamente la vista en lo interior de sus casas, encontraréis algunas comprobaciones de todo lo que llevo asentado.

Las casas de *Tetuán* recuerdan en su mayor

parte las de Andalucía. Su planta y disposición son completamente idénticas. El centro del edificio lo ocupa el patio, dando luz á casi todas las habitaciones. En medio de él hay una fuente, y en torno de ésta cuatro cenadores, formados por arcos ó por columnas. Largas cortinas aislan á veces uno ó dos de estos cenadores, convirtiéndolos en dormitorios de verano. En el piso superior hay cuatro corredores, también descubiertos, y con barandas que dan al mismo patio.—El lujo de las casas principales consiste, sobre todo, en las puertas, en las ventanas interiores y en los techos, labrados exquisitamente con madera de varios colores, así como en los alicatados y mosaicos de que están revestidos los suelos, el tercio bajo de las paredes y los peldaños de las escaleras.—Es muy frecuente que las grandes estancias, sobre todo las destinadas á las mujeres, reciban la luz por el techo y se dividan en dos partes, mediante una arcada ó rompimiento de graciosos arcos de herradura. La parte anterior, ó más próxima á la entrada, tiene pocos muebles. Desde los arcos para allá el piso forma un estrado, al que se sube por un escalón ó dos, y allí está el *diván*, compuesto de mil lujosos colchoncillos, cojines, mantas y almohadones, que constituyen un vastísimo lecho. Desde la mitad de la pared hasta el suelo pende, alrededor de la habitación, una cortina de seda de colores, mientras que finísimas esteras de junco ó ricos tapices de lana cubren el reluciente pavimento.

La mayor parte de las casas (aquí como en todo el Universo) son pobres; quiero decir, que la gente acomodada está en minoría.—Ya haremos detenidamente visitas especiales, y entraremos en pormenores más prolijos.—Ahora, para concluir con las interioridades de *Tetuán* que he podido ver en mi primer paseo, diré que sus

viviendas tampoco han defraudado mis esperanzas. Los muebles, las cortinas, las alfombras, las alacenas, la vajilla, todo lo que he examinado, es auténtico y artístico; tiene un carácter oriental sumamente marcado; está lleno de inscripciones y alegóricas figuras geométricas, y corresponde perfectamente á todos los objetos moriscos que se conservan en nuestra España, como restos de la prolongada dominación agarena. El arte, pues, los oficios, las costumbres, todo lo que se refiere á la vida de los Moros, sigue en aquel *statu quo* que constituye la esencia de su civilización. ¡Nada ha variado! ¡Nada ha progresado! ¡Nada ha cambiado, ni en la materia ni en la forma!—Visitar á Tetuán equivale á ver á Córdoba en el siglo XIII.

Paso ahora á hablaros de algunas observaciones *episódicas* que he hecho hoy en la ciudad, además de las *generales* que acabáis de leer.

Empiezo consolándoos hasta cierto punto acerca de la suerte que ha cabido á los Judíos con motivo del saqueo de Tetuán.—Dígoles, porque al ver esta tarde entrar en la *Judería* un cordón interminable de Hebreos, todos cargados de ropas, muebles, maderos, sacos de harina, vidriado, puertas, verjas de hierro y otras mil cosas, mientras que salía del mismo barrio otro cordón de Hebreos con las manos vacías, y al oír á unos y á otros gritar con monótono acento, como quien repite maquinalmente un estribillo: “¡Todo, todo nos lo han robado los Moros!—Señor, déjeme pasar...—¡Todo nos lo han robado!...””, no hemos podido menos de preguntarnos: “¿De dónde procederán todos estos efectos que entran en la *Judería*? ¿Poseían algo los Hebreos fuera de su barrio?”—Y hemos caído en la cuenta de que los Judíos están robando desde anoche á los Moros ausentes de Tetuán, y

completando el destrozo de las tiendas de la *Alcaicería* y de la calle de la Meca, como desquite de lo que las kabilas robaron ayer en la *Judería*.

Por lo demás, á poco que se medite en la actitud respectiva de las tres familias históricas que acaban de reunirse en esta ciudad, resultará que los Cristianos tienen por qué enorgullecerse y dar gracias á Dios, que tan grandes los ha hecho en comparación de los Musulmanes é Israelitas.—Aquí se ha verificado hoy una solemne entrevista de los tres Pueblos bíblicos, cual si se hubiesen citado á través de los tiempos para darse cuenta de la eficacia de sus principios religiosos y de la dignidad que cada uno ha alcanzado sobre la tierra.—Aquí se ve hoy á la Religión madre y á sus dos descendientes; al pueblo testador y á sus dos herederos; al viejo Abraham y á sus hijos Isaac é Ismael..., y el resultado de la comparación es el siguiente:

El decrepito Hebraísmo arrastra una vida nula, parásita, miserable; adherido, por decirlo así, al más réprobo y vicioso de sus hijos, al que más se ha apartado del espíritu y la letra del Antiguo Testamento, al Mahometismo, en fin, que parte con él la inhabilitación social, y que, como él, está proscrito de la Historia, en cuya marcha ni el uno ni el otro tendrán ya influencia alguna.

Esto lo sabe el Musulmán, y en la rabia de su impotencia, en su misantrópico aburrimiento, vuelve su ira y su desprecio contra el Judío, más abyecto aún que él, más inútil y menguado.—No de otro modo, el hijo pervertido por una mala educación hace responsables á sus indignos padres de todas las desgracias que sufre é iniquidades que comete.

Ahora bien: al hallarse de nuevo los Israelitas enfrente de su otro Hijo, del bueno, del noble, del amigo de Dios, del *José*, que tanto ha traba-

jado por la verdad y la virtud, no pueden menos de ufanarse de haber engendrado tan ilustre vástago; cuéntanle las amarguras que han padecido bajo la tutela de aquel monstruo parricida que en mal hora concibieron las entrañas de Agar, y demandan al Justo protección y amparo, invocando sórdida y cínicamente el lazo de consanguinidad que unía á los Apóstoles con los deicidas.

El Cristiano, por su parte, avergüénzase al ver el grado de vileza á que ha descendido el que le dió vida y cuna; respétalo, á pesar de todo; cumple sus deberes filiales, bien que sin entusiasmo; castiga severamente al pérfido hermanastro, al bárbaro Agareno; y, por resultas de tanta desdicha como halla en uno y en otro Pueblo, siente fortificarse dentro de su corazón la fe de Cristo.

¡Oh, sí! El espectáculo que ofrecen Mahometanos y Hebreos es la prueba más evidente que pudiera alegarse de las excelencias de nuestra Religión, de los grandes bienes que ha reportado á la Humanidad, de la obra de Redención que cumple hace diez y nueve siglos.—La dignidad humana, ya se considere en el individuo, ya en la sociedad, sólo puede alcanzarse bajo los auspicios del Evangelio. Por desconocer sus doctrinas, vive el Moro sometido á la tiranía de la fuerza bruta, entregado al capricho de poderes arbitrarios, sin noción de sus derechos, en el solitario abandono de un individualismo salvaje. Por haber cerrado sus ojos á la misma Luz, vive el Judío proscrito y desheredado, sin Patria ni bandera, en grupos accidentales que nunca constituirán un pueblo, en aquella perpetua *menor edad* á que relegan nuestras leyes al decrepito incapacitado, al criminal infame, al pródigo y al demente.

.....

Conque vamos á otra observación episódica.

Al pasar esta tarde por una calle próxima al *Zoco*, me llamó la atención un agitado grupo de soldados y Judíos que había cerca de una puerta, y lleguéme á averiguar qué sucedía...

El centro de todas las miradas era un Negro enorme (casi un gigante), de unos treinta años de edad, obscuro, recio y fornido como una encina carbonizada, vestido de blanco, no sin cierto lujo, y ornada la cabeza con una corona de conchas amarillas, de la cual le caía por cada lado de la cara una sarta de la misma materia.

Hallábase sentado en el tranco de la puerta, inmóvil y callado, mirando fijamente al concurso con unos ojos de león, en que no sé yo todavía qué era más horrible: si las pupilas, bañadas de siniestra y rutilante luz, ó lo blanco del globo, inyectado de un tinte sanguinolento.

Aquella puerta daba entrada á cierta casilla de una sola estancia, obscura como la cueva de un demonio.

El Negro tenía apoyada la cara en ambas manos, y sus brazos, adornados con pulseras de oro, descansaban indolentemente sobre sus robustas rodillas.

Nuestros soldados le lanzaban miradas amenazadoras; le enseñaban el puño, y le dirigían enérgicos apóstrofes.

El permanecía indiferente, mirándolos de hito en hito, con la boca cerrada de la manera que la cierran los negros, esto es, como si sus gruesos y salientes labios estuviesen pegados ó cosidos el uno al otro.

Finalmente, dos centinelas nuestros custodiaban al corpulento Africano, cuya tranquilidad desdeñosa imponía no sé qué terror ó superstición.

—¿Qué casta de animal es éste?—le pregunté á un soldado.

—¡Cómo! ¿No sabe usted? (me respondió aquel compañero). ¡Este bribón pensaba pegarle fuego á *Tetuán* y hacernos saltar á todos por el aire! Ahora poco íbamos con el general Ríos reconociendo todos los sitios en que los Judíos nos indicaban que podía haber pólvora, cuando, al llegar á esta casa (que ahí, donde usted la ve, es un polvorín), encontramos la puerta cerrada por dentro... Llamamos, y ni respondía nadie, ni nos abrían. Entonces forzamos la puerta á culatazos, é íbamos á entrar, cuando se nos pone delante este Lucifer, armado de una gran pistola y de una gumía, y decidido á estorbarnos el paso. La pistola le dió falta; pero, antes de que pudiéramos apoderarnos de él, ya había herido levemente con la gumía á dos de mis amigos. Al fin lo atrapamos, y vimos que vivía aquí en amable compañía de algunos quintales de pólvora. ¡Sin duda tenía encargo de incendiarla cuando nosotros entráramos en la ciudad, y, ó no se ha atrevido á hacerlo, ó no había creído llegado el momento oportuno!...

—¿Qué dijo cuando le prendisteis?

—¡Nada! ¡Sentarse como usted le ve, y mirarnos á la cara con la mayor frescura!

—¿Y se sabe quién es?

—A este Negro (respondió un Judío) lo he visto yo muchas veces en *Tetuán*, cuando venían comisiones de Fez.—Era esclavo del difunto Emperador...

Miré entonces con mayor atención á aquel sér espantoso, cuya existencia había yo adivinado, según sabéis, cuando temía que los Moros volasen á *Tetuán* el día de nuestra entrada..., y causóme verdadero espanto su fisonomía.—Tenía la frente aplastada como las panteras. Dos rayas, que yo había tomado al principio por arrugas, atravesaban sus mejillas: eran dos largas cicatrices, simétricamente trazadas; lo cual quería

decir que habían sido causadas adrede y por vía de adorno. Su nariz deprimida, que aquellas dos señales hacían aparecer mucho más ancha, tapaba casi completamente unos bigotes colgantes de un negro tan intenso que rayaba en azul. Llevaba un gran anillo de plata con una inscripción, y debajo del jaique, que era de lana blanca, vestía un ropaje de seda verde con bordados de oro y de colores.—¡Estaba horrible hasta rayar en la sublimidad!

Por graduar el temple de su espíritu, miré mucho rato con expresión de mofa y de furor...

El sostuvo al principio aquella mirada sin pestañear; pero luego volvió los ojos á otra parte con soberano desdén.

Entonces, deseando irritarlo, llevé una mano á la empuñadura de mi espada, y con la otra hice la demostración de cortarle la cabeza.

Sus cárdenos labios palidieron, poniéndose de color de lila; luego los despegó lentamente, animados por una sonrisa bárbara, y dejéme ver unos dientes blancos y apretados que relucieron como el marfil bruñido.

—¡Dile (apunté á un Judío) que dentro de una hora le habremos cortado la cabeza!

Pero el Negro entendía sin duda el español; pues antes de que el Hebreo repitiese en árabe mis palabras, ya había cerrado el puño y descargado con él un fuerte golpe sobre la pared más inmediata.

Aquel movimiento y el gesto con que lo acompañó, sólo podían traducirse de este modo:

“—¡Mi corazón es tan duro como esta pared!... ¡Conque no pretendas asustarme!”

O bien:

“—Cuando me estéis cortando la cabeza, mis labios no revelarán palabras ni se quejarán, sino que permanecerán tan mudos como esta pared.”

Luego se tranquilizó, tornó á su postura, y ya no conseguí que volviera á mirarme.

Inútil creo decir que aquel hombre, más bien que odio, me causaba admiración, y que, al tiempo de abandonarlo, lo adoraba como á un verdadero héroe.

Por lo demás, su vida no corre peligro alguno; y si he tenido la crueldad de hacerle temer otra cosa, ¡peor hizo él, apareciéndoseme en sueños, con la mecha en la mano, cuando no tenía yo aún la honra de conocerle!...

A estas horas está ya en libertad.

.....
 A propósito de pólvora: pasan de setenta quintales los que hasta ahora se han encontrado en *Tetuán*, así como unos dos mil proyectiles de diferentes calibres y setenta y ocho cañones y morteros, casi todos antiquísimos...—Cada una de estas piezas tiene una inscripción que indica su procedencia. Las hay regaladas á los Emperadores de Marruecos por varios Soberanos de Europa, así del Mediodía como del apartado Norte. Las hay también apresadas en las famosas piraterías de los antiguos Tetuaníes. Las hay, por último (y éstas han sido las que más me han interesado), tomadas á los Portugueses en el llano de Alcazarkibir el día de la rota del heroico D. Sebastián.

Ninguna historia más elocuente pudiera escribirse del pasado poder de este Imperio y del terror que ha infundido á todos los pueblos marítimos, que semejante crónica de bronce, tributo rendido á los Sultanes moros (ora de grado, ora por fuerza; ya para derramar su ira, ya siendo víctimas de ella) por las primeras Potencias del mundo.—Entre los cañones que hemos cogido los hay españoles, franceses, ingleses, austriacos, griegos, dinamarqueses y belgas.

.....

Son las cuatro y media de la tarde, y estoy fatigadísimo de tanto como he andado, visto y sentido, y también de tanto borrar papel, en este inolvidable 6 de Febrero. Me voy en busca de mi *alojamiento*, situado en la *Judería*.—Allí descansaré, si me lo permiten (que no me lo permitirán) las muchas cosas nuevas que hallaré también en aquel barrio.

Hasta luego, pues...—Pero antes de marcharme, quiero daros idea de las calles moras en que he escrito estos últimos apuntes, ora sentándome en el tranco de tal ó cual puerta, ora apoyando contra la pared mi libro de memorias...

Hállome en un apartado barrio de la ciudad, al cual no llega el estruendo militar de los conquistadores.—Mi *cicerone* Judío me ha conducido hasta aquí, y él me sacará de este laberinto, por la cuenta que le tiene...—Este barrio es, como si dijéramos, el *Faubourg Saint-Germain* de la población mora, donde viven los Tetuaníes más acomodados.—Ni un alma transita por las calles... Todas las casas están cerradas... Me encuentro, pues, enteramente solo, dado que el vil Judío no me serviría de nada en caso de apuro.

A veces oigo sordos pasos detrás de algunas puertas, y lamentos de niños, unidos al rumor del agua que fluye en ocultas fuentes, y voces ahogadas por el terror, ó por la prudencia, ó por la asechanza...—Indudablemente, en casi todas estas viviendas hay Moros ocultos...—¿Quizá me espían muchas miradas al través de las aspilleras que dan luz á sus apartadas habitaciones! ¿Quizá hago mal en permanecer tanto tiempo en este solitario paraje!

El saqueo no ha llegado hasta aquí. Los tímidos Judíos no se hubieran atrevido así como quiera á penetrar en calles tan intrincadas, cuyo sosiego parece la máscara de mil peligros...

Aunque, como he dicho, sólo son las cuatro y media de la tarde, los pasadizos embovedados empiezan á llenarse de sombra...—*Jacob* (así se llama mi *cicerone*) está pálido y trémulo en medio de la calle, con el oído al viento, como ciervo asustado en un monte lleno de cazadores.—No se atreve á decirme que debemos marcharnos; pero su inquietud, su angustiosa mirada, fija en mi *revólver*, y el sudor que le baña el rostro, hablan con mayor elocuencia que pudieran hacerlo sus descoloridos labios.

Decido, pues, marcharme, prometiéndome volver por aquí mañana mismo.—¡Esos niños que lloran detrás de las puertas me han llenado de interés y de curiosidad!

Nuestros pasos turban de nuevo el silencio de estos melancólicos sitios, y apenas hemos andado un poco, sentimos abrirse cautelosamente algunas puertas á nuestra espalda...

Jacob anda cada vez más de prisa, pegado á la pared, y arrastra sus babuchas amarillas con tal arte, que casi no suenan... ¡Y lo peor de todo es que este infame Judío me ha pegado el miedo, y que yo tampoco vuelvo la cabeza para ver quién se asoma á aquellas puertas que se abren después que pasamos nosotros!...

Empezamos al fin á encontrar algunas comparsas de soldados nuestros, acompañados de Judíos, que vienen á recorrer otros barrios de la ciudad...—*Jacob* respira, y yo me avergüenzo de mi debilidad.

Llegamos, por último, al *Zoco*, donde aun es día claro y hierve parte de la muchedumbre que dejé en él...—*Jacob* recobra la sonrisa y la palabra.

—¿Adónde va el señor?—me pregunta, pues, resplandeciente de felicidad, al ver que se ha ganado la propina sin detrimento de sus espaldas...

Yo le respondo con cierto énfasis:

—A mi alojamiento; á la *Judería*; á casa de *Abraham*.

Jacob (¡qué grandes nombres para tan pequeños seres!) emprende gustoso el camino de la *Judería*, en la cual entra delante de mí, saludando ufanamente á sus correligionarios, como si les dijera:

—¡Ya veis que me ha caído un gran negocio! En el bolsillo de esta persona que acompaño hay, por lo menos, una moneda de plata que va á pasar á mi poder dentro de un instante. ¡Yo os la enseñaré esta noche, para que envidiéis mi fortuna!...

Y, volviéndose hacia mí, exclama:

—¡Aquí no hay ya nada que temer!... Por la *Judería* se puede andar á todas horas sin peligro alguno... Los Hebreos son una buena gente que no se mete con nadie.

.....
A las diez de la noche.

La *Judería* se diferencia de la ciudad mora en que sus calles son rectas y en que las casas tienen ventanas y hasta balcones. Por lo demás, su conjunto es tan pobre y desaseado como el resto de la población.

Hay, sin embargo, muchas casas perfectamente construídas... por dentro, y adornadas con bastante lujo. El mueblaje es, generalmente, á la *antigua española*; pero refleja en varios accidentes los usos y costumbres de los Moros.—En las viviendas más principales se ven muebles modernos, traídos de Gibraltar, como butacas, mesas de juego, camas doradas, sofás de muelles, etcétera, etc.

Los Judíos, á fuer de avaros, son pródigos

consigo mismos, y no se escatiman las ropas de gran precio, ni las joyas, ni nada de lo que tenga valor seguro en venta. — Es indudable que las kabilas han hecho grandes estragos en las más lujosas casas (cuyas puertas están destrozadas, y cuyos muebles y ropas se ven aún revueltos en patios y portales); pero ¿creéis vosotros que los Judíos habrían dejado en sitio donde pudieran ser halladas, sus arcas llenas de dinero, sus alhajas y los trajes de gala de sus mujeres, tan suntuosos, que (al decir de ellos mismos) no habrían dado algunas sayas por 20.000 reales, ni algunas tocas por 2.000 duros? ¿Se puede concebir en los Hebreos tamaña imprevisión cuando el enemigo llamaba á las puertas de Tetuán y la población morisca se amotinaba en calles y plazas?—¡De ninguna manera!

Sin embargo, desde que entré en la *Judería* no he dejado de oír las quejas y lamentaciones que nos recibieron por la mañana en el *Zoco*.—Las mujeres, los ancianos, hasta los niños, me cogían de la ropa y me metían en sus casas para que viera "*los destrozos causados por los Morios*"...

Yo me dejaba llevar..., no porque dejase de ofenderme aquella estratégica confianza de que me daban muestras á fin de que yo no los robase también..., sino por estudiar la raza y la familia israelitas, por enterarme de sus costumbres privadas, y (seré completamente franco) por solazarme en la contemplación de gentiles talles y de lánguidos ojos negros.—Es decir, que si yo no era un ladrón de la especie que temían los Judíos, lo era de otra no menos grave, bien que á aquellos viles no les doliese en tal momento el que, mientras ellos me referían sus penas, mi hambrienta mirada piratease cínicamente en la hermosura de sus mujeres y de sus hijas.

.....
Allá va ahora, como muestra, la copia fiel de

uno de los cuadros domésticos que he contemplado á mi sabor esta tarde...

Erase una casa de buen porte.—En la puerta había un ancho boquete abierto á hachazos (por las kabilas, ó por el propio dueño de la casa), hacia la parte de la cerradura.—Pasado un estrecho corredor, hallábase el patio, cubierto por arriba con fortísima reja de hierro. Sólidas pilastras revestidas de losetas blancas y azules sostenían ocho arcos estalactíticos, en que se apoyaba el corredor del piso alto. El suelo y la escalera eran también de losetas de colores, brillantes á la sazón como espejos, por estar recién lavadas. De dos grifos de bronce caían sobre pilones de mármol recios caños de agua, cuyo alegre rumor esparcía deleitosos ecos por los solitarios cenadores.— En el fondo del patio, una larga cortina de seda negra y roja, recogida por una punta, dejaba ver un arco, igual en todo á los de la Sinagoga de *Santa María la Blanca* de Toledo, el cual servía de jambas y de dintel á una enorme y bien labrada puerta, cuyos pequeños tableros estaban pintados de vivos colores.— De esta puerta sólo había abierto un postigo, y por él se entraba en una sala muy amplia, que recibía la luz á través de un rosetón arábigo, calado sobre el recio muro, allá cerca del rico techo de madera.

Acompañábame el amo de la casa, hombre de unos cuarenta años, grueso, limpio, hermoso, cuanto puede serlo un Israelita, y de modales sumamente corteses.

—¡Entre usted, señor; y verá espantos!...—me había dicho, al verme pasar por delante de su casa.

Y, una vez en presencia de su familia, que se encontraba reunida en aquella sala baja, doblando ropas y metiéndolas en unos grandes baúles descerrajados, añadió políticamente:

—Aquí tiene usted á mis padres, á los padres de mi mujer, á mi esposa, á mis diez hijos, á mis dos yernos, y á mis tres nietos.

—¡Bien venido, señor, bien venido!—exclamó toda aquella tribu con plañidero acento, fingiendo varias especies de sonrisas y mirando fijamente al dueño de la casa, como preguntándole qué clase de visita era yo; si tenían algo que temer por sus personas, ó si, en fuerza de lo anormal de las circunstancias, iba á costarles mi presencia algún dispendio, aunque no fuese más que una *onza*—palabra con que designan ellos cierta moneda de cobre más pequeña que un ochavo.

Los ojos del interrogado (que se llamaba nada menos que *Moisés*) debieron de tranquilizarles completamente... —¡Tal vez aquel hombre deseaba tener algún *alojado* para que su vivienda fuera respetada por el resto de los invasores!

Ello es que toda la familia volvió á decirme:

—¡Bien venido! ¡Viva la Reina de España!

Yo les supliqué que no se movieran; pretexté hallarme muy cansado, y me senté en una silla que tenía por adorno una lámina del *Quijote* pintada en el respaldo.

La *mujer de Moisés* empezó entonces á hacerme prolijas descripciones del saqueo de la noche pasada, y yo, fingiendo que la oía y que la creía, me entregué á mis propios estudios.

La Señora de *Moisés* frisaría en los treinta y ocho años; habría sido bella, pero hallábase ya marchita al modo de las flores que crecen en parajes húmedos. Sus ojos mustios y carnes deslavazadas revelaban una existencia pasada á la sombra, en aquel patio, mojado continuamente. Como todas las Hebreas casadas, llevaba sobre el pelo una especie de peluca de seda negra, que caía en pabellón muy alisado por los dos lados de su cara. Larga toca celeste rodeaba su ca-

beza, luego su cuello, y, por último, su cintura. Vestía una saya morada muy angosta y un corpiño encarnado que dejaba descubrir sus brazos, sus hombros y casi todo su ajado seno. Estaba descalza de pie y pierna, como sus cuatro hijas, y, como las citadas, hallábase sentada sobre una alfombra, que habría sido de gran precio cuando nueva.

Los hombres vestían pantalones, ó, por mejor decir, calzoncillos blancos. Tampoco llevaban medias; pero siquiera ellos calzaban babuchas rojas ó amarillas. Dos túnicas cubrían su cuerpo: la de debajo blanca, muy bordada y cerrada por el pecho, y la de encima de merino castaño, azul ó pajizo, abierta por delante y recamada de labores de seda negra, como los dormanes andaluces. Estas dos túnicas les llegarían poco más abajo de la rodilla, y las llevaban ceñidas á la cintura con fajas de vivos colores. Los ancianos (los padres de los amos de la casa) se diferenciaban de los demás en que usaban medias de hilo blanco, zapatos de cordobán negro y una tercera túnica suelta con grandes mangas perdidas y más larga que las de los otros. Los niños vestían exactamente lo mismo que sus padres...

Pero hablemos ya de las hijas de *Moisés*.

Como he dicho, eran cuatro.—La mayor tenía veinte años, y la menor once. Las dos de en medio eran casadas, y, por tanto, ocultaban cuidadosamente sus cabellos bajo una peluca de seda como la de su madre.

La mayor de las casadas dormía á un pequeño, hijo suyo, cantándole con voz dulcísima no sé qué estribillo monótono que se parecía á nuestra *caña*.—Era alta, fuerte y bella como una Judith. Vestía saya y chal de paño negro con bordados de seda azul, y cubría su cabeza con toca de la misma tela, por el estilo de las que usaban nuestras damas del siglo XV.—Sus

facciones eran más perfectas que lindas, más es-
culturales que seductoras.

La otra casada, pequeña y gruesa, no llamaba la atención sino por sus grandes y expresivos ojos, negros y lucientes como el azabache, y que contrastaban con el quebrado y plácido color de sus mejillas; ojos, en fin, voluptuosísimos, llenos de recuerdos y de promesas de placer.

La mayor era la más fea; pero, en cambio, tenía unos hombros, unos brazos, unas caderas y unas piernas de tan clásicos y opulentos contornos, que los Griegos la hubieran tomado por modelo de Juno.

En cuanto á la menor, eclipsaba completamente á sus hermanas.—Ya había dejado de ser niña, aunque, según he dicho, sólo tenía once años. Los delgados miembros, hartos á la vista, empezaban á redondearse. Su virgíneo seno brotaba ya al impulso de la pubertad, y una melancólica dulzura mitigaba la viva luz de sus ojos. Llamábase *Lía*.

Hallábase de rodillas, trasteando en el fondo de un cofre muy grande y antiguo, claveteado con innumerables tachuelas de metal.—Vestía solamente una angostísima *chilaba* de color de rosa, sumamente limpia. Conociase que la usaba hacía tiempo, pues se le había quedado muy corta, y el pobre jubón había tenido que estallar por todas las costuras, cediendo al impulso de las gracias primaverales de la joven, que ya se mostraban por todos lados.

Doblada como un junco sobre aquel baúl monumental, presentaba *Lía* una silueta tan pura y tan casta, en su misma desnudez, que halagaba más al alma que á los sentidos. Su negra cabellera, larga y abundante, partida en dos trenzas, caía sobre sus hombros y descansaba en el suelo cada vez que introducía los brazos en el cofre. Sus pies, desnudos y blanquísimos, que, como los

de las náyades, siempre habían estado metidos en el agua, remataban graciosamente aquel gracioso dibujo. Su cintura, en fin, que se hubiera podido abarcar con las manos, se cimbraba á cada movimiento, haciendo más correctas y artísticas las ondulaciones de su talle.

Y no era aún nada de esto lo que yo admiraba más en *Lía*. Admiraba, sí, extáticamente el noble perfil de su peregrino rostro; el exquisito pliegue de su boca, que parecía un clavel entreabierto; sus negros y adormecidos ojos, en que la pasión y la inocencia unían sus diversos encantos; su limpia y noble frente; sus cejas, suavemente dibujadas; su largo cuello, adelantado sobre los hombros con cierta osadía; su redonda cabeza, que parecía abrumada por pensamientos graves, impropios de semejante edad; su menuda oreja, semejante á una hoja de rosa medio plegada; su aguda barba, que prolongaba el óvalo del semblante, como vemos en las *Virgenes* de Rafael; su blancura mate, en fin, esclarecida ó sombreada por indefinibles tintas (según que transparentaba el rubor de la sangre ó el azul de las venas), con la diafanidad propia de un cutis que nunca doró el sol ni orearon los vientos del campo...

Tal era *Lía*.—Si me he complacido demasiado en su descripción, tened en cuenta mi empecada edad y que llevaba ya mucho tiempo de no ver más que feroces guerreros, cadáveres y heridos, enfermos y moribundos.—¡Mi alma estaba, pues, sedienta de emociones dulces y suaves, y nada más suave ni dulce que *Lía*, en quien se juntan todos los encantos de la debilidad, pues que á un propio tiempo tiene mucho de mujer, de niña, de pájaro y de flor!

.....
Abandonemos, sin embargo, la casa de *Moisés*, y vengamos á la mía, ó sea á la de *Abraham*,

donde atropelladamente escribo estas últimas líneas, pues estoy rendido de tanto como he trabajado hoy.

Abraham es antiguo amigo de aquel Santiago á quien conocimos en *Río Martín*, el cual (dicho sea de paso) encuéntrase ya en posesión de los bienes que dejó en *Tetuán* y sus cercanías, menos de su casa, por haberla saqueado é incendiado..., no se sabe si los Judíos ó las kabilas.—Ahora bien: Santiago ha conseguido mi admisión en casa de Abraham como *alojado*, ó más bien como *huésped*, en tanto que aquél habilita una fonda que va á abrir en el antiguo *Zoco*, llamado ya hoy *Plaza de España*.

Y aquí debo decir que el CUARTO CUERPO de Ejército ha quedado guarneciendo *Tetuán*, á las órdenes del general Ríos; que el General en Jefe ha preferido la vida de la tienda y establecido el Cuartel General en una huerta situada entre esta Ciudad y los Campamentos tomados á los Moros el día 4, y que allí ha levantado también sus tiendas el TERCER CUERPO con Ros de Olano, en tanto que Prim y el SEGUNDO CUERPO han ido á situarse al otro lado de *Tetuán*, sobre el camino de *Tánger*.

Yo he optado por quedarme dentro de estos muros, arrostrando las epidemias que se anuncian, con tal de dedicarme más asiduamente á mis estudios y observaciones.—He hecho, no obstante, plantar también mi tienda en el Cuartel General, á fin de tener allí una especie de casa de campo y pasar entre mis camaradas todo el tiempo que me dejen libre los trabajos literarios.

Conque digamos cuatro palabras acerca de mi alojamiento, antes de entregar al sueño lo que resta del día de hoy.

Abraham vive solo con su mujer; mujer, por cierto, de edad respetable...—Su casa es una de

las mejores de la *Judería*, y está adornada medio á la oriental, medio á la inglesa.—En cuanto á mi cama, necesito entrar en pormenores, pues verdaderamente merece particular atención.

Constitúyela un altísimo tablado de nogal, empotrado en recia pared, bajo elegante arco de herradura... Todo esto forma una especie de alcoba en el fondo de la sala principal. Amplias y largas cortinas ocultan á la vez el lecho y la alcoba. Gruesas alfombras dobladas sirven de colchón (por cierto muy blando), mientras que una soberbia y extensísima colcha blanca de rico estambre suple á un mismo tiempo por las dos sábanas. Otras cuantas alfombras, dobladas ó extendidas, hacen, en fin, las veces de almohadas y de abrigo.—Tan peregrino lecho podría contener holgadamente... seis personas; pero lo ocuparé yo solo, ó, por mejor decir, lo ocupo ya!

En él acabo mis larguísima apuntes de hoy, después de las doce de la noche; á la luz de una vela morisca; bajo precioso artesonado; viendo el estrellado cielo y la blanca luna por un lindo ajimez abierto cerca del techo; oyendo el murmullo de dos fuentes que fluyen en el patio; respirando penetrantes esencias (entre las que á veces creo percibir el aroma de la rosa); satisfecho y triste como nunca: satisfecho, porque veo cumplidas mis más doradas ilusiones; porque recuerdo á Diego Marsilla, á Don Quijote de la Mancha, á los Príncipes de las *Mil y una noches* y á cuantos caballeros han dormido en palacios encantados; triste..., quizá por lo mismo que estoy satisfecho, ó acaso más bien porque, en este Continente extraño, en esta ciudad mora, en esta casa judía, echo de menos mi dulce sociedad cristiana, las amantes sombras que vagaron por el edén de mi adolescencia y todas aquellas constelaciones que veía brillar en el cielo de la vida, ó sea en el techo de mi alcoba, cuando el

sueño misericordioso bajaba á besar mis párpados entornados.

¡Estoy tan solo!...—¡Ah! No... Las piadosas manos de mi madre y otras manos queridas colgaron de mi cuello hace tres meses dos santas medallas con la imagen de la Madre de los afligidos...—¡He aquí tan sagradas prendas!—Y he aquí también que, por la primera vez después de muchos años... (reparen en esta confesión los jóvenes que hayan renegado de toda fe, embriagados por la soberbia de imaginarios dolores); por lo primera vez, digo, después de muchos años de jactanciosa *emancipación* y sacrilega *libertad*, siento reanimarse en mi alma inefables afectos, volver á mi memoria santas oraciones, y despertarse en mi corazón plácidas esperanzas... (1).

¡Dios sea bendito en el momento en que acerco á mis labios la celestial imagen de María, y bendita sea la madre que me llevó en sus entrañas y me enseñó á pronunciar el dulce nombre de la Reina de los Angeles!

¿Significará todo esto que la Guerra me ha hecho neocatólico?

¡Nada me importa lo que digan de mí, con tal que se crea en la sinceridad de estas emociones!

(1) Este párrafo y el siguiente están copiados al pie de la letra de la primera edición del DIARIO DE UN TESTIGO, publicada en 1860...—No sé, pues, en qué se habrán fundado algunos críticos para atribuir á recientes *mudanzas* y *flamantes conversiones* la religiosidad de que más tarde he dado iguales muestras en mis novelas *El Escándalo* y *El Niño de la Bola*.—¡Así se escribe la Historia, ó, por mejor decir, así se ejerce la crítica!—(Nota del Autor para la SEGUNDA EDICIÓN.)

VI

En que se ve por el revés la presente historia.—Planes de los Moros; sus Ejércitos; sus proclamas y pregones; sus pérdidas.—Nuestros prisioneros.—Situación de Tetuán durante las últimas acciones.—Muley-el-Abbas.—Muley-Ahmed.—Las kabilas.—Con lo demás que verá el curioso lector.

Tetuán, 7 de Febrero.

Una de las infinitas razones que tenía yo para desear comunicarme con Moros y Judíos, era la viva curiosidad que me excitaba á romper el encanto y descifrar el misterio que han rodeado al Ejército enemigo durante toda la Campaña.

El número de sus legiones y de sus pérdidas; la procedencia de las hordas que hemos batido; el nombre de sus Generales y jefes; lo que decían la víspera y al día siguiente de cada acción; la idea que tenían de nosotros; la explicación de sus maniobras; lo que hacían de sus heridos; el juicio que formaban los habitantes de *Tetuán* acerca del curso de la Guerra: todo esto y otras muchas cosas, que sólo hemos sabido por cálculos ó conjeturas, por adivinación ó por el relato de falaces prisioneros, eran datos muy preciosos para la inteligencia de la presente historia, sin los cuales carecería de realidad y verosimilitud.

¡Pues todo esto lo he averiguado hoy!

Para ello he sometido á *Abraham* (mi huésped ó patrón) á un prolijo interrogatorio, y escrito al paso todas sus respuestas. Después he salido á la calle y trabado conversación con cuantos Moros y Judíos he visto, llegando á convencerme de que el primero no me había engañado en cosa alguna,